

“La cultura en peligro”: la posibilidad de una polémica

En el número anterior de la revista, compartimos una nota de opinión que Jorge Luis Borges publicó el 13 de diciembre de 1984 en el diario Clarín acerca de un proyecto de cambio en el Plan de Estudios de la carrera de Letras de la UBA. Provocados por la fuerza de sus argumentos y por la coyuntura de nuestro presente, decidimos recontextualizar esa discusión en la actualidad y ofrecer en esta sección “Borges” un espacio para polemizar.

Compartimos a continuación las respuestas que, interpelados por las ideas de Borges y por el contexto actual, nos hicieron llegar Gustavo Bombini, María Ester Gorleri, Raquel Guzmán, Martín Kohan y María Laura Pérez Gras.

I. ¿Cuáles considera que fueron las consecuencias más significativas de los cambios impulsados en los planes de estudio de la carrera de Letras en diferentes universidades?

Gustavo Bombini

Es una pregunta difícil de contestar, en tanto hay una diversidad de instituciones, historias y modos en que cada una de ellas atravesó la dictadura e iniciaron el proceso de democratización. En muchos casos, el Plan 1985 de la UBA (Universidad de Buenos Aires) fue referencia para cambios que se dieron en otras universidades para la misma época. Era obvio que, luego de ese período de brutal censura, el ingreso de las teorías de los campos lingüístico y literario son la novedad más potente y de gran impacto en la formación. Como estudiante de Letras, primero de la dictadura y luego de la transición, participé activamente en ese proceso que dio como

resultado ese plan de estudios cuatrimestralizado, con muchos espacios de elección, con orientaciones tempranas y bien definidas, con la menor cantidad de lenguas clásicas posible y la mayor cantidad de teorías, entre otros logros de entonces. Además, se implementó lo que llamábamos “licenciatura directa”, es decir, sin escribir una tesis: 26 materias + 2 seminarios y ya. Aclaro: no fue aquella la reforma del Profesorado, sino la reforma de la Licenciatura. Sobre el profesorado no teníamos interés, ni tampoco herramientas para dar una discusión. Primaron los prejuicios todavía existentes de que la Licenciatura es más importante que el Profesorado, que es más importante ser investigador y/o crítico que profesor. Para el Profesorado, se mantuvieron las dos cátedras del plan de la dictadura: Didáctica general para los Profesorados y Didáctica Especial y Prácticas de la Enseñanza. Aún no se habían desarrollado las didácticas especiales como campos de investigación, tarea que algunos graduados asumiríamos después (y pasaron 40 años).

María Ester Gorleri

En algunas universidades, las consecuencias positivas resultaron en incorporar a escritores contemporáneos, actuales, para -en los buenos casos- encarar el camino inverso a la historia de la literatura: ir del hoy al ayer, de las consecuencias a los orígenes, del legado a las fuentes. Pero las consecuencias negativas fueron más numerosas. Menciono dos: una, que al abandonar la lectura de algunos clásicos, los estudiantes no podían sospechar ni identificar las fuentes porque les faltaban lecturas necesarias; y dos, que la tendencia de los profesores fue insistir más en las miradas críticas sobre los autores y fuentes clásicas, de potenciar más el conocimiento de las teorías literarias contemporáneas que frecuentar la lectura de los textos objetos de estudio, con lo cual los enfoques teóricos tuvieron muchas veces más peso que los escritores y sus textos. La literatura, así, se extravió en la crítica y en las teorías textuales.

Raquel Guzmán

Limitación de los estudios literarios y acentuación excesiva de la currícula pedagógica.

Martín Kohan

Puedo comentar un aspecto de la cuestión, que es el de haberse hecho cargo de las fallas de formación originadas en la educación media, bajo un criterio que personalmente no comparto.

María Laura Pérez Gras

Uno de los principales problemas es que copiamos el formato norteamericano de 4 años para casi todas las carreras, inclusive la Licenciatura en Letras. Antes, las carreras eran más largas y teníamos más tiempo de cursada. Hoy nos vemos obligados a dar los contenidos en menos tiempo. Sin embargo, surgen necesidades nuevas, como abordar áreas de conocimiento acerca de los desafíos que enfrenta la sociedad ante la transformación de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, por ejemplo, pero esto no debería ser incluido en detrimento de saberes fundamentales y troncales de la carrera, ni por una limitación a la apertura cultural que ofrecen las literaturas extranjeras.

II. ¿Qué le respondería a Borges?

Gustavo Bombini

Respecto de la nota de Borges, agrego el dato de que lo reproduje de modo facsimilar en mi libro *La trama de los textos: Problemas de la enseñanza de la literatura*, que publicó la Editorial Libros del Quirquincho en 1989, en la Colección Apuntes, dirigida por María Adelia

Díaz Rönner. Introduce el texto de Borges en la página 53 bajo el título “Parte IV: En la encrucijada” y con un comentario que iniciaba así: “En la encrucijada entre la inflexible concepción de la literatura del escritor y la reforma del Plan de la carrera de Letras se conforman las utopías para pensar la enseñanza” (...y sigue).

Me imagino a un entusiasta pero algo ingenuo Enrique Pezzoni, director normalizador de nuestra carrera, e impulsor del cambio, mostrándole a Borges el nuevo plan, o quizá fue algún estudiante de aquellos que Borges recibía gentilmente en su departamento. En 1985, la profesora de la cátedra de Lingüística, la doctora Beatriz Lavandera, publicó un artículo titulado “Hacia una tipología del discurso autoritario”, en *Cuadernos del Instituto De Lingüística*, 1, 17, donde analiza un discurso de la dictadura de 1983, discursos de Saúl Ubaldini que le hacía paros a Alfonsín y este texto de Borges, que incluye en una categoría que denomina “Autoritario-desautorizado: el emisor usa su autoridad en ciertos terrenos para legitimizar su discurso autoritario en otros terrenos en los que su opinión, de por sí, sin ese desplazamiento, carecería de autoridad”. Tengo el vago recuerdo de que Anita Barrenechea (que después sería mi directora de tesis de doctorado) estaba algo disgustada de que Lavandera hubiera incluido a Borges en semejante serie. En lo definido por Lavandera está lo que yo le respondería a Borges.

María Ester Gorleri

Al opinar así en ese artículo, a mi entender Borges no advirtió el cambio de época y la bullente demanda estudiantil por “dar una vuelta de tuerca” a lo que se entendía por “literatura” desde fines de la década de 1960 y sus revueltas. Pero su crítica puede entenderse desde una clara visión suya sobre la cultura heredada, sus transformaciones y la universalidad de su valor. Borges supuso que la potencia creadora de los textos clásicos se perdería, sustituida (este término fue el detonador de su postura negativa al cambio) por saberes en circulación sin

tradición ni más sustancia que la que los medios y la popularidad mediática ponían en circulación. Esa crítica borgeana no ha perdido vigencia: también puede replantearse hoy en otros términos y alcances, preguntándonos si la academia está considerando la literatura “como arte de palabra y como estética del sentido”, o tiende a los egos críticos, a la moda de turno y a merodear en saberes culturales metiendo dentro del concepto literatura “de todo como en botica” o al modo de “cajón de sastre”.

Raquel Guzmán

Con las salvedades del contexto histórico en el que Borges se manifiesta, es posible advertir que los estudios literarios efectivamente han sido reducidos, limitados, arrinconados, en la formación de las últimas décadas. Para quienes han dirigido los cambios curriculares parece que fuera posible una metodología -de enseñanza o de investigación- sin disciplina. Trazar las coordenadas de las literaturas argentinas requiere tanto de las literaturas europeas como latinoamericanas mínimamente, asignaturas que, en muchos casos, se volvieron “optativas”. Ampliar el corpus literario en sus diversas direcciones sería más que saludable para fortalecer nuestra disciplina.

Martín Kohan

Le respondería que tenía más razón en su planteo que el que yo alcancé a advertir en su momento, cuando este artículo salió.

María Laura Pérez Gras

Creo que Borges es un ejemplo de que el estudio a partir de lo que nos apasiona puede ser también un camino autodidacta, y esto puede fomentarse también desde la educación formal. Pienso que lo más importante es que la carrera de grado ofrezca las herramientas fundamentales

para la lectura de textos de diversos géneros y orígenes, enseñe los métodos para alcanzar el pensamiento crítico, oriente en la construcción de un acervo cultural propio y alimente la curiosidad a partir de una mentalidad abierta a lo diverso y un espíritu creativo, sin dejar de señalar los caminos posibles para seguir aprendiendo, más allá de la instancia de la educación formal de grado.

Reiteramos la invitación a docentes e investigadores a responderle a Borges desde este presente.

*Equipo editorial
Revista de Cultura y Literatura Cuarenta Naipes*